

YO LEO, TÚ LEES, ¿NOSOTROS?

UN ABORDAJE SOCIOLOGICO SOBRE EL SUJETO LECTOR¹

MARTÍN BROIDE*

En este artículo se presentan dos escenas en las que se cruzan particulares experiencias de lectura y concepciones de esta. Del encuentro de estas escenas surgen preguntas que implican profundamente las representaciones circulantes acerca de la lectura. Si pensamos que toda producción de sentido es en alguna medida lectura, ¿no existirían sentidos que se construyen de forma social, colectiva? ¿Sentidos que contemplan la experiencia individual pero que también la exceden para construir experiencia colectiva? ¿Cuáles son los conceptos que nos habilitan a pensar esos procesos?

Este artículo aborda estas preguntas desde la perspectiva de las ciencias sociales y apuesta a los conceptos de sujeto lector colectivo y comunidades lectoras como herramientas necesarias para comprender y repensar algunas problemáticas vinculadas a la formación de lectores. A lo largo de su desarrollo, se busca replantear los vínculos entre formas más y menos prestigiosas de construcción de sentidos.



This article presents two scenes in which particular experiences of reading and its conceptions are connected. From the intermingling of these scenes, questions that deeply imply the representations of reading emerge. If we think that any building of meaning is in some extent reading, are there meanings socially or collectively built? Meanings that contemplate the individual experience but that also exceed it to build a collective experience? Which are the concepts that enable us to think about those processes?

This article deals with these questions from the perspective of the social studies and supports the concepts of subject collective reader and reading communities as necessary tools to understand and rethink some problems related to the training of readers. Throughout its development, the aim is to redefine the relations between more and less prestigious ways of meaning construction.

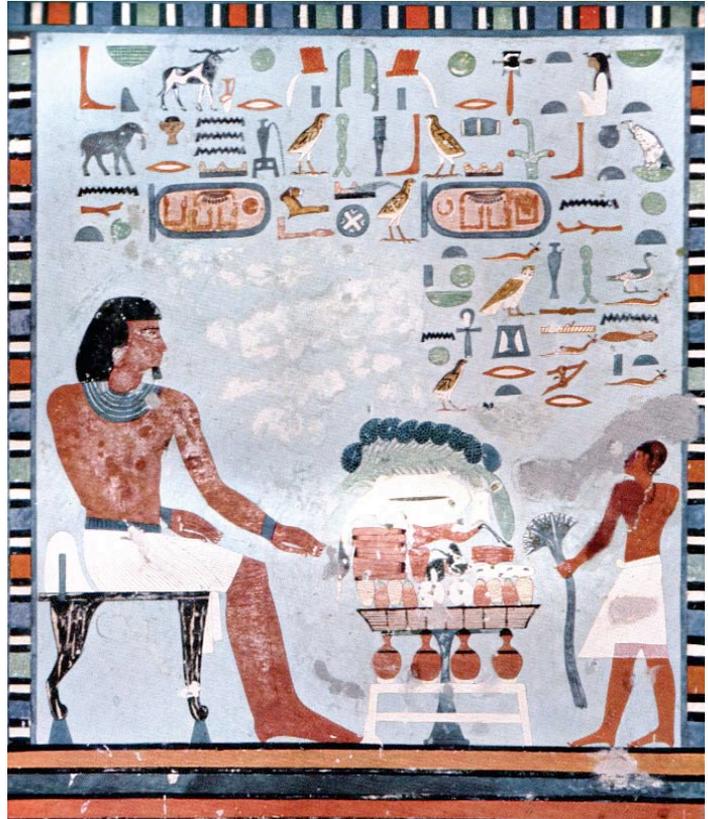
I

Hace un tiempo, en una reunión de trabajo del programa Libros y Casas de la Argentina, desarrollado por la Secretaría de Cultura de la Nación, una bibliotecaria declaró que la iniciativa le producía una gran satisfacción, ya que “estos son programas muy importantes para que la gente empiece a leer y deje un poco de ‘chusmer’”.² “Las vecinas”, agregó, “pasan demasiado tiempo juntándose a hablar de cualquier cosa, y sería bueno que se dedicasen más a la lectura”.

Creo que esta oposición entre la lectura y los chismes –algo grosera tal vez en la formulación que relatamos– tiene de trasfondo una serie de concepciones acerca de la lectura. Vale la pena detenerse en ellas a la hora de pensar las relaciones entre arte, escuela y comunidad. En este artículo me propongo comenzar explorando estas concepciones, para luego ponerlas en tensión con una escena de lectura y hacer, finalmente, una reflexión acerca de dos conceptos: el de *espacios comunitarios de lectura* y el de *sujeto lector colectivo*.

Son tres las preguntas con las que podemos abrir el juego: ¿Por qué es buena la lectura o, al menos, mejor que el chusmerío? ¿Por qué es malo el chusmerío o, al menos, peor que la lectura? ¿No podemos pensar otras relaciones posibles entre una y otra actividad, y considerar incluso que tengan puntos en común? Sobre este punto me interesa plantear dos niveles de análisis. El primero de ellos surge de la crítica del relativismo cultural. Parece evidente que la bibliotecaria está pensando la lectura en términos de “alta cultura”: la lectura que educa, civiliza, hace progresar. Se trata de la oposición entre la alta cultura y la cultura de masas: mejor leer *Ulises* de Joyce o *En busca del tiempo perdido* de Proust que acudir a las sagas de *Harry Potter* o *El código Da Vinci*.

Intentemos desarmar, en el plano teórico, este esquema. En primer lugar, más allá de los criterios que podamos tener para evaluar, en términos formales, la calidad de una obra, esta no está necesariamente relacionada con la profundidad de la lectura que una persona pueda realizar, con el impacto que pueda causar en ella. En segundo lugar, pensar que es preferible que



todo el mundo lea una obra literaria y no otra –*Ulises* en lugar de *El código Da Vinci*– es menospreciar notablemente al lector y a la experiencia de la lectura (ver Larrosa, 2003a).

No quiero decir con esto que demos solo *El código Da Vinci* a quien pide *El código Da Vinci* y *Ulises* a quien pide *Ulises*.³ Creo que todos tenemos el derecho de tener a nuestro alcance la mayor diversidad posible de libros. Lo que quiero plantear es que considerar que la lectura es, en el camino de vida de una persona, superior al intercambio de chismes y noticias sobre el vecindario es una mirada notablemente etnocéntrica, marcada por un prejuicio de clase. Es decir, es un juicio de valor realizado sobre la base de un sistema de valores que es propio de un contexto cultural y social atravesado por relaciones de poder. Un juicio que olvida que, desde otros puntos de vista, en otros contextos socioculturales, el valor puede ser distinto, incluso inverso.

Sin embargo, es en el segundo nivel de análisis en el que quiero adentrarme más profundamente. Pasemos entonces a él. La sentencia de

la bibliotecaria, como lo manifiesta el primer nivel de análisis, supone una oposición radical entre la lectura y el “chusmerío”, como si no pudieran tener, entre ellos, características en común. Me parece que es en este lugar en el que se abren algunas líneas para indagar en el concepto de espacio comunitario de lectura. ¿Por qué la lectura no puede tener características en común con el “chusmerío”? Creo que tiene que ver con que, al construir ese contraste, estamos pensando la lectura únicamente como una actividad individual, que hace al crecimiento personal de un sujeto, a su autonomía. No dejo de coincidir con esa perspectiva. Coincido con que la lectura es una práctica fundamental en la construcción de ciudadanía (Petit, 2001) y que contribuye a la formación de individuos más autónomos y con capacidad de pensamiento crítico. No obstante, creo que es una mirada parcial.

En el marco del mismo programa Libros y Casas se trabajó con Laura Devetach, quien presentó su obra **La construcción del camino lector**. Toda la labor del programa giró en torno de esta rica producción teórica y de las sugerentes intervenciones que la autora hizo en nuestro encuentro de cierre. En él, ella había hecho varias referencias a situaciones de lectura lindantes con lo que podríamos llamar “chusmerío”, tales como la circulación de esquelas con mensajes entre vecinos, de modo que retomé aquellas cuestiones que me preocupaban desde la intervención de la bibliotecaria. En efecto, si consideramos “lectura” toda construcción de sentido, más allá de la actividad del desciframiento (Montes, 2007), ¿no podríamos considerar también prácticas de lectura a muchas situaciones catalogadas como “chusmerío”? Por ejemplo, una conversación entre vecinos acerca de un hecho reciente... Imaginemos algo típico: un adulterio sospechado en el barrio. ¿Por qué no llamar lectura a ese encuentro? ¿Dónde están los límites?

El diálogo avanzó en torno al tema, y, finalmente, Laura respondió que había que tener en cuenta que, en última instancia, el objetivo último de estos programas es la formación de lectores críticos y autónomos. Todos en el programa coincidimos en esto; sin embargo, estoy en desacuerdo con que sea el objetivo único o último de cualquier programa de promoción de la lectura. Voy a servirme de otra escena para explicar por qué.

II

Durante el año 2005 coordiné un centro de lectores, una propuesta de taller optativa y a contraturno, en una escuela del barrio de La Cava, Béccar, en el norte del conurbano bonaerense. Allí, jóvenes de entre 13 y 17 años venían para prepararse como lectores en voz alta; realizaban funciones en las que exponían cuentos, poemas, coplas, adivinanzas, entre otros textos. Después de cada lectura, se abría un espacio de intercambio.

Luego de trabajar todo el año con espectáculos para los chicos de la escuela, en diciembre decidimos hacer una función abierta, para padres, hermanos, amigos, conocidos. Elegimos, para ese evento, una obra llamada *De amores y desamores*, que recopilaba una serie de textos literarios elegidos especialmente sobre ese tema. El “plato principal” de esa función era un cuento de Frank Stockton, adaptado por Gustavo Roldán para la editorial Colihue, llamado “La dama o el tigre”.

Resumo brevemente su argumento, ya que es importante para entender lo que viene. En un reino lejano y semibárbaro, un monarca, caprichoso e implacable, ha diseñado un extraño sistema de justicia, dictado inapelablemente por el azar. Ante cada crimen lo suficientemente importante para interesar al rey, se preparan, en el anfiteatro, dos puertas exactamente iguales entre las que tiene que optar el acusado. De una saldrá un tigre, que se lo comerá vivo. De la otra, una dama, con la que tiene que, sí o sí, casarse. El conflicto comienza cuando la hija del rey, bella e igualmente caprichosa, se enamora de un súbdito. Por supuesto, es correspondida. Durante un tiempo logran mantener su romance en secreto, pero el rey termina por enterarse. Indignado y sorprendido, decide sentenciar al súbdito en el anfiteatro. Elige al tigre más sanguinario, por un lado, y a la mujer más hermosa del reino, por el otro.

He aquí el conflicto de la princesa: que su amado sea devorado ante sus ojos por un tigre es tremendo. Pero ¿que se case con otra, a quien ha visto, encima, intercambiando miradas con él? Las dos opciones son terribles, pero no son *igualmente* terribles.

Cuenta Stockton que la princesa había logrado enterarse qué escondía cada una de las

puertas, y sabía lo que su amado encontraría si iba hacia la derecha, y qué si iba hacia la izquierda. Cuenta también que el día del extraño juicio, sentada junto a su padre, señaló a su amado, con un pequeño gesto, la puerta de la derecha. En el final vemos al hombre caminar decidido en esa dirección. Pero no sabemos más.

Stockton interpela al lector: ¿cuál habrá sido la decisión de la princesa: sufrir de envidia y celos al verlo casarse con otra, o de horror y espanto despedazado entre las garras de un tigre?

Ese año había en el centro de lectores un grupo por la mañana y otro por la tarde. Por eso mismo, en diciembre repetimos la función. Sin embargo, cada uno de los grupos tenía sus propios intérpretes de los textos, de modo que “La dama o el tigre” era leído por María durante la mañana y por Regina durante la tarde. Curiosamente, ellas se conocían de antes por un motivo bastante particular: Manuel, novio de Regina en ese momento, había sido inmediatamente antes (y quién sabe si con alguna superposición) el

novio de María. Eso lo sabíamos, al menos, algunos de los presentes.

En la primera función, María fue la encargada de leer el cuento. Ni Regina ni Manuel fueron parte del público. Sin embargo, durante el segundo turno, María se quedó entre los espectadores y también lo hizo Manuel, unos asientos más atrás. Regina interpretó “La dama o el tigre”. Lo que viene ya es relativamente previsible: cuando Regina puso su voz a la pregunta de Stockton: “¿Quién salió por la puerta elegida, la dama o el tigre?” comenzó el debate. Se elevaron diferentes voces, pero hubo dos que sobresalían por la firmeza con la que tomaban posiciones: María –sosteniendo implacable que “antes que verlo con otra, mejor verlo muerto, aunque se lo coma un tigre”– y Regina –¿más misericordiosa?, argumentando que “si lo ama de verdad va a querer lo mejor para él”–. El debate duró unos cuantos minutos, en los que Manuel, atrás y al costado, se hacía cada vez más pequeño.

Creo que esta escena ofrece mucha tela para cortar al pensar en las relaciones entre literatura

Todas las historias que han sido escritas están esperando para volverse realidad



CORAZÓN DE TINTA • SANGRE DE TINTA • MUERTE DE TINTA
Historias de la trilogía EL MUNDO DE TINTA, de Cornelia Funke

 FONDO DE CULTURA ECONÓMICA
www.fce.com.ar

 Ediciones Siruela

y comunidad, como una parte de las que se tejen entre artes, escuela y comunidad.

En primer lugar, debemos pensar en el poder de la metáfora. El hecho de que las buenas historias nos ayudan a actualizar y resignificar conflictos personales, cuando las encontramos en un libro, no es algo demasiado novedoso. Es probable que, al ensayar el relato, María y Regina hayan revivido y repensado a solas este conflicto amoroso, y también otros. Incluso es posible que lo hayan conversado con alguien. Y creo que es harto probable que ese proceso haya contribuido a hacerlas crecer, a desarrollar su autonomía y capacidad crítica.

Sin embargo, ¿qué otras cosas suceden al llevar este proceso a un escenario común, al compartir el debate no solo entre ellas (y Manuel), sino también con otra gente? La historia amorosa entre Manuel, Regina y María de La Cava deja de ser solo la historia de ellos tres para ser también la historia de una princesa, la mujer más hermosa del reino y el súbdito codiciado, en un país lejano y semibárbaro. Y aun más, se entrama con otras historias que, narradas o apenas insinuadas en boca de otros espectadores, suman colores, aromas, lugares, dolores, tiempos.

¿Qué sucede con las reflexiones sobre el amor, la institución del noviazgo, los celos, la pareja, en cada uno de los presentes en ese momento? Pero, sobre todo, ¿qué ocurre con ellos como totalidad, con ellos como grupo, como comunidad, como actor colectivo? Creo que vale hacerse también esta pregunta.

Más allá de nuestras subjetividades personales, también formamos parte de grupos y lo que cimenta nuestra presencia en esos grupos es, entre otras cosas, el conocer las mismas historias, el compartir el significado de ciertos símbolos y sus contradicciones, el elegir algunos de esos símbolos como representantes específicos de un “nosotros”.

Así, si la subjetividad de cada uno está hecha, entre otras cosas, de un entramado de textos, de narrativas, de lo que nos contaron, lo que contamos, de lo que nunca llegamos ni llegaremos a contar, podemos pensarla como una intertextualidad (Larrosa, 2003b), o, según el concepto de Laura Devetach, como una textoteca (Devetach, 2008). Y al mismo tiempo, si hay muchos de estos textos que compartimos con

otros, con un grupo, también ese grupo tiene una intertextualidad, una textoteca compartida, que hace a una conciencia colectiva, a una subjetividad colectiva.

III

Luego de este recorrido, propongo volver a las cuestiones con las que abrí este trabajo y retomar la indagación acerca de cuáles son los objetivos de los proyectos de promoción de la lectura. En ese sentido, me parece interesante formular una pregunta que hace a una figura importantísima en la construcción de estos proyectos: el lector. ¿Quién es el lector en la escena que narré recién? ¿Quién lee?

Estamos acostumbrados a pensar al lector solamente como una persona, un individuo. Y es a partir de esa imagen que concebimos el objetivo de la promoción de la lectura en tanto el desarrollo de la autonomía, la imaginación y la capacidad crítica de ese individuo. ¿Es posible, en la escena anterior, pensar al lector de esa manera, en tanto individuo? Sí, si consideramos a los distintos participantes de la escena como distintos lectores. Sin embargo, creo que esta perspectiva es solo parcial.

Uno de los grandes aportes de la mirada de las ciencias sociales es el de poder pensar lo social como una variable con una especificidad propia:⁴ la sociedad como una realidad diferente a la suma de todos los individuos. Esta es la perspectiva que construye y desarrolla la escuela sociológica francesa, a principios del siglo XX, que considera que “la sociedad es una realidad *sui generis*” (Durkheim, 1982 [1913]: 14) y que, para comprender los procesos sociales, es necesario pensarla como una totalidad que actúa, es decir, pensar en un sujeto colectivo.

Si volvemos al campo de la lectura, ¿no podemos pensar al lector como un sujeto colectivo, un sujeto lector colectivo? ¿Qué pasa si recurrimos a él para responder la pregunta acerca de quién es el que lee?

Sin dudas, es diferente interrogar la escena de “La dama o el tigre” pensando en una sumatoria de lectores individuales, que hacerlo pensando en un lector colectivo. No observaremos lo mismo ni comprenderemos del mismo modo.

Un grupo que lee, una comunidad que lee, excede en ese movimiento (entendiendo la lectura como tal) a una sumatoria de lecturas. Una comunidad lectora se construye en torno a las historias, los sentimientos, los deseos y las ideas de cada uno de sus integrantes, pero va más allá de ellos al reinterpretar su movimiento, sus historias, sus conflictos, sus contradicciones. Una comunidad lectora construye sentidos en capas que se superponen y entrelazan, y forma entramados cambiantes con las historias vividas, las contadas, las imaginadas, las deseadas; con las palabras oídas, sentidas, pronunciadas; con los gestos, las miradas y los cuerpos en los que esas palabras despliegan su vida. Una comunidad se apropia de símbolos, los resignifica.

Volvamos a la pregunta acerca de la relación entre lectura y “chusmerío”, con el ejemplo anterior: dos vecinas hablando de un adulterio sospechado en el barrio. Propongo que pensemos esta conversación como un espacio de lectura, en tanto se trata de dar sentido, dar palabra a rumores, sospechas, deseos, temores, angustias.

¿Qué pasa si, en esas conversaciones, los diálogos con otros textos están habilitados? Si a esa labor de poner en común ideas, expresiones, historias, si a ese construir puentes de sentido, si a ese aferrarse a símbolos comunes, apropiarlos, reinterpretarlos... Si comprendemos todo eso como un espacio en el que se cruzan también las historias que leemos en los libros, las que oímos de narradores, los poemas que nos gustan, los refranes, los dichos, los decires que nos expresan. En definitiva, si pensamos esa conversación como la puesta en juego de una textoteca colectiva, a la que echamos mano para dar sentido a lo que nos pasa y a la que transformamos permanentemente con nuestros cambios, invenciones, aprendizajes.

La construcción de espacios comunitarios de lectura está relacionada con enriquecer y potenciar a ese lector colectivo, generar lugares en los que el juego con la textoteca común, compartida, esté habilitado, legitimado y abierto. Espacios a los que podemos acceder todos, cuando lo necesitemos, cuando lo deseemos.

Desde este lugar es que propongo repensar la relación entre la lectura y los “chismes” de barrio, o entre la lectura y otras actividades de producción de sentido que suelen ser vistas

como banales, superficiales. Cuando trabajamos como mediadores de lectura apuntamos a la formación de lectores autónomos y críticos, y también a la conformación de la comunidad como lectora en su totalidad.

IV

Con este recorrido espero haber logrado exponer la idea de que podemos pensar en un sujeto lector colectivo que se complementa, conceptualmente, con el lector individual. No es que exista uno o el otro: están ambos, siempre. Se trata de elaborar perspectivas diferentes para abordarlo. Al mismo tiempo, un proyecto puede tomar distintos rumbos si focaliza sobre uno u otro. Preocuparse por fortalecer una comunidad lectora por medio de un sujeto lector colectivo implica otros caminos, otras miradas, otras búsquedas.

Me parece importante la diferencia conceptual cuando pensamos, por ejemplo, en la evaluación de los proyectos, en la tan difícil y temida medición de resultados. Colocar la mirada exclusivamente en los individuos, en su evolución personal, puede impedir que veamos otros procesos que están sucediendo. Procesos que son fundamentales a la hora de garantizar, en una comunidad, los derechos culturales.

A lo largo del tiempo, los participantes de un proyecto pueden variar, entrar, salir, tomar liderazgos o plegarse a ellos. Si nos quedamos con la mirada colocada solo en los individuos veremos procesos aparentemente interrumpidos, rumbos distintos de aquellos que nosotros —con nuestro deseo superpuesto con el del otro— querríamos. Pensar en la evolución de un sujeto lector colectivo puede, en este sentido, ampliar el panorama. La construcción y el fortalecimiento de espacios comunitarios de lectura, asumiendo que siempre variarán quienes los transitan, son parámetros que deberíamos considerar al evaluar la marcha de un proyecto.

No estoy hablando de dejar de lado la formación de lectores autónomos, ni siquiera en tanto objetivo central de la promoción de la lectura, sino de no perder de vista este otro aspecto del campo, que es complementario e indispensable.

En ese sentido, pienso que tal vez una forma de construirlo, en la práctica, sea por

medio de las divisiones e instituciones ya creadas dentro del Estado. La escuela es probablemente el lugar ideal para proponerse la formación de lectores críticos y autónomos. Al decir de Graciela Montes (2007), es “la gran ocasión”. Pero, aun cuando también la escuela es tierra fértil para el despliegue de comunidades lectoras, creo que el área denominada a nivel nacional, en casi todas las provincias y muchos municipios como “Cultura”, es el espacio en el que, por excelencia, debemos apuntar a la construcción, legitimación y fortalecimiento de espacios comunitarios de lectura.

Pienso en una política pública de lectura en el ámbito de las actividades de Cultura; una política que pueda tomar, como programa, como línea de trabajo, estos objetivos. Hoy en día, en la Argentina, estamos lejos de esto. El año pasado tuve la posibilidad de conocer estos ámbitos desde el interior, en mayor profundidad, y a pesar de encontrar muchísimas iniciativas en el marco de la sociedad civil (en centros comunitarios, bibliotecas populares, comedores populares, entre otros), raras veces estaban articuladas por una política pública. Y sospecho que, más allá de las falencias más generalizadas del ámbito estatal, que todos conocemos, esta desarticulación se debe también a la dificultad de concebir la lectura como una práctica colectiva y no solo individual.

Un último ejemplo: cuando pensamos en los logros de las bibliotecas, los pensamos generalmente en términos de lectores y libros: cuánta gente retira libros, los lee, de qué calidad son estos, etc. Quiero contraponer a estas ideas y parámetros de evaluación, una escena que me contaron en el Centro Integrador Comunitario (CIC) del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación en Ranchillos, Tucumán.⁵

En los últimos tiempos, varias chicas muy jóvenes, embarazadas, se habían acercado al CIC para hacerse atender en el centro de salud. Llegaban, sin embargo, como si fuesen a hacer cualquier trámite. Esos embarazos resultaban, para esas chicas, más una carga que un proceso vivido con alegría, con amor, o con alguna intensidad emocional. Ante esta situación, las facilitadoras que trabajan en el CIC decidieron desarrollar una propuesta para intentar dar una vuelta de tuerca a la situación: se propusieron armar un taller para confeccionar ajuares para

los bebés por venir. Y, con el grupo en marcha, decidieron que cada nacimiento iría acompañado de una pequeña fiesta. Marta, la coordinadora del CIC, me contaba que no solo las chicas estaban contentas con el taller, sino que había cambiado algo en sus posturas: en vez de llevar a los niños como bolsas colgando, los abrazaban, los acunaban, los sostenían con firmeza.

¿No es este acto, de un enorme poder simbólico, una práctica de lectura con todas las letras? Sin embargo, no era vista así por sus protagonistas. Y menos aun, por supuesto, por actores de bibliotecas o de secretarías o direcciones de Cultura. ¿Qué pasaría si pudiéramos articular otros libros, otros textos, en estos espacios? Incluir poemas sobre la maternidad, artículos periodísticos sobre el embarazo adolescente o, simplemente, bellos textos que acompañen esos encuentros, que amplíen las miradas, los panoramas, y den, a los futuros recuerdos de esas madres, un horizonte.

Esos horizontes se entrelazan en los vaivenes de la vida y de los textos, de las ideas y los temores, de las razones y los deseos. Los horizontes colectivos hacen a la vida de una comunidad porque, aun cuando toman una forma distinta en cada uno de sus integrantes, pueden ser reconocidos por todos como los propios, los que hablan de un *nosotros*. Ese nosotros que también lee, se transforma, se mueve, y cuanto más espacio tenga, cuanto más variedad de lugares ofrezca, más lugar dará también a cada uno. Para “chusmear”, para leer, o para dar espacio y voz a tantas palabras que se atraviesan en uno y otro.

Notas

1. Este trabajo fue originalmente presentado en el simposio “Literatura y otras artes, entre la escuela y la comunidad”, en el marco de las jornadas “30 años de lectura y escritura en América Latina”, La Plata, 2009.
2. En la Argentina, expresión coloquial que se refiere al acto de circular con murmuraciones acerca de la vida privada de otras personas. En este artículo hemos preferido conservar esa expresión tan local, ya que cada país latinoamericano tiene una formulación diferente y no habría razones para escoger una u otra. Además, utilizamos el sustantivo “chusmerío”.

3. La cuestión es por demás compleja, y compete a lo que es analizado en antropología como los límites del relativismo cultural. Ver, para profundizar en la cuestión de lo específico a la literatura, Saer (2006). Agradezco a Silvia Castrillón esta última referencia.
4. Para una historia del concepto de sujeto en la antropología, ver Ortner (2005).
5. Los CIC (Centros Integradores Comunitarios) son espacios construidos por el Ministerio de Desarrollo Social de la Argentina, donde funcionan distintas áreas relacionadas con las diversas necesidades de una comunidad, como centros de salud y bibliotecas, entre otros. Cada CIC tiene un funcionamiento distinto, en función de su contexto local. Para más información ver <http://www.desarrollosocial.gov.ar/notas/CIC.asp>.

Referencias bibliográficas

- Devetach, L. (2008). **La construcción del camino lector**. Córdoba: Comunicarte.
- Durkheim, E. (1982 [1913]). **Las formas elementales de la vida religiosa**. Madrid: Akal.
- Larrosa, J. (2003a). Lenguaje, experiencia y formación. En **La experiencia de la lectura**. México: Fondo de Cultura Económica.
- (2003b). Narrativa, identidad y desidentificación: Notas sobre la vida humana como novela. En **La experiencia de la lectura**. México: Fondo de Cultura Económica.

- Montes, G. (2007). **La gran ocasión**. Buenos Aires: Ministerio de Educación, Ciencia y Tecnología.
- Ortner, S. (2005). Geertz, subjetividad y conciencia posmoderna. **Etnografías contemporáneas**, 1 (1/4).
- Petit, M. (2001). Del espacio íntimo al espacio público. En **Lecturas: del espacio íntimo al espacio público**. México: Fondo de Cultura Económica.
- Saer, J. J. (2006). Posmodernos y afines. En **Trabajos**. Buenos Aires: Seix Barral.
- Stockton, F. (1994). La dama o el tigre. En **La dama o el tigre**. Buenos Aires: Colihue.

Este artículo fue recibido en la Redacción de LECTURA Y VIDA en julio de 2009 y aceptado para su publicación ese mismo mes.

* Profesor en Ciencias Antropológicas por la Universidad de Buenos Aires. Docente en Educación por el Arte. Tallerista y capacitador en el campo de la formación de lectores y la gestión cultural.

Para comunicarse con el autor:
mbroide@gmail.com.

Leer y escribir en la universidad

PEDIDOS

Asociación Internacional de Lectura - Lavalle 2116, 8° B
C1051ABH Buenos Aires, Argentina
Telefax: (011) 4953-3211 - Fax: (011) 4951-7508
E-mail: lecturayvida@ira.org.ar
www.lecturayvida.org.ar

